

Lo Cotidiano Trascendente en una Epístola de Lope de Vega

Por LUIS HERNÁN RAMÍREZ

Trabajo premiado en el concurso literario convocado por la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega.

En el momento culminante de la historia de la humanidad, en la encrucijada de los siglos XVI y XVII, cuando España empezaba a interpretarse a sí misma, aparece Lope de Vega (1562-1635) trazando la biografía literaria de su patria, cuya realidad sintió e inmortalizó en su teatro, mágica síntesis del quehacer hispano.

Lope no escribió sus memorias. No fue un poeta con diario, pero su vida entera está reflejada en el torrente de su compleja producción inundada de lirismo, en el más hondo y humano sentido de este término:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos. (1)

Lope comentaba en sus poesías toda su vida sentimental dejándonos, en ellas, puntuales noticias de su quehacer diario. Poeta de circunstancias, en el sentido goetheano de la palabra, la vida se le trasvasaba inconscientemente a sus escritos. Difícil encontrar en la literatura del mundo otro lírico, como Lope, en quien vida y poesía —vivir y crear, diría Entrambasaguas— aparezcan íntimamente amalgamadas y recíprocamente estimuladas. La in-

tegración de la biografía del Fénix de los Ingenios, desde Barrera —“Nueva Biografía de Lope”, Madrid, 1890— hasta Zamora Vicente —“Lope de Vega”, Madrid, 1961— ha sido, en gran medida, el resultado de una exégesis minuciosa e inteligente de su obra.

H. A. Rennert y A. Castro que han realizado la más severa y acabada labor de acumulación, compulsión y reajuste de datos, así como de interpretación y análisis de las grandes zonas autobiográficas de la obra loopesca han lanzado esta verdad: “una parte de la producción poética de Lope surgió como glosa de los más importantes acontecimientos de su vida” (2). Pero, no sólo los acontecimientos importantes le suministraron materia poetizable. Toda su experiencia vital fue una experiencia poética, lo que hace de Lope un auténtico lírico. “La objetividad de este autor según anota Vossler, “no se manifiesta como una opinión determinada o como una determinada convicción, sino, esencialmente, como alegre desenvoltura, como puro goce de la vida” (3). Lo ordinario, lo menudo y cotidiano de la existencia humana vulneraba sutilmente su hipersensible temperamento lírico-dramático. Lope vivió de veras, vivió cada día, cada hora, cada instante para cumplir un destino práctico, inmediato. Sus amores y sus odios, sus ternuras y asperezas, sus mansedumbres y cóleras, sus frivolidades y misticismos le brindaron motivos que utilizó con no disimulado apasionamiento.

Como nuestro poeta abreva su lirismo en los azares y zozobras de su vida, el conocimiento de esa vida se nos hace necesario para el goce estético de sus poemas y el realce emocional de la calidad intrínseca de los mismos. Notas autobiográficas, referencias a la vida real y a su propia intimidad entran como formantes, como elementos estructurales en la lírica de Lope, particularmente en sus epístolas relegadas hoy, injustamente, a la lectura de lo eruditos que pueden situarlas en el tiempo y extraer de ellas datos para sus investigaciones. Si el lector actual no siente apetito de leerlas, no es que ellas hayan envejecido sino el género mismo que hoy se nos antoja falso y artificioso, no lo era en el siglo XVII. Los escritores de aquella época solían emplear con frecuencia este tipo de correspondencia lírica que adoptaba, por lo general, una forma grave y sentenciosa que no la encontramos en Lope. El Fénix no escribió epístolas morales sino vitales y ellas nos ponen frente a un artista activo —no contemplativo— que necesita nutrirse de realidades concretas. Cultivó el género por lo que él tiene de íntimo, de coloquial. Estas cartas poéticas le permitían expre-

sar mejor sus efectos refiriéndose, a veces, a los menesteres más nimios de su vida, sin rehuir, por cierto, ni las más complicadas formas del lenguaje ni los conceptos más sutiles. En la epístola a Don Antonio de Mendoza, incluida en "La Circe" (1624) escribe:

Yo, siempre agradecido, estoy pensando
qué hipérbicos, qué versos, qué conceptos
irán mi omor y obligación mostrando.

y en la dirigida a Don Juan de Arguijo, inserta en "La Filomena" (1621) expone su idea acerca del género. Tan buscados son los conceptos e hipérbicos, como la soltura, la ligereza y el desorden que acentúan el carácter misivo de este género:

Los cortos ya sobéis que son centones,
capítulos de casos diferentes
donde apenas se engarzan las razones.
Los varias opiniones de las gentes
me dieron ocasión para escribiros
y la pluma siguió los accidentes .

El encanto de sus epístolas reside, en opinión de Vossler (4) en el libre movimiento del poeta que se sabe vinculado a quien se dirige y quiere llevarle como de la mano de aquí para allá. En todas se advierte una sabiduría sonriente, una suave ironía, algún breve humor y algo que convierte su pueril falta de objetividad en un alegre juego de recreación verbal y arte literario. Pocas veces ha mostrado Lope más vivacidad, más abundancia y, al mismo tiempo, mayor exactitud y precisión de lenguaje que en sus epístolas.

Con estas consideraciones y sin ánimo de agotar ahora una interpretación nos proponemos comentar la epístola que, en 1621, dirigió a la Amarilis Indiana, discutida incógnita de nuestra literatura colonial (5).

En los acompasados tercetos de esta epístola, Lope se sintoniza con su propia vida, vibrando en cada verso con una nota consonante en la sinfonía del mundo que lo envuelve y le toca vivir. La respuesta de Belardo a la "silva" de la supuesta huanuqueña resulta algo así como una breve biografía o anecdotario referido de modo encantador y hasta con una buena dosis de cinismo, como en la escena de los celos y reconciliación de sus padres que nos recuerda el villano origen de los héroes de la picaresca;

vino mi padre del solar de Vega,
así a los pobres la nobleza exhorta.
siguióla hasta Madrid, de celos ciega,
su amorosa mujer, porque él quería
una española Elena, entonces griega;
hicieron amistades y aquel día
fue piedra en mi primero fundamento
la paz de su celosa fantasía.
En fin, por celos soy, ¡qué nacimiento!
imaginadle vos, que haber nacido
de tan inquieta causa fue portento.

En el fondo Lope no se propone otra cosa que entretener a lo que viviendo en "limpio celibato" le confesaba su "amor sin esperanza". De allí la variedad desordenada de su relato dando cuenta a la desconocida, de su origen, sus padres y linaje, de sus estudios y precocidad literaria, de sus matrimonios e hijos, de su ordenamiento y soledad:

La confusión a veces me fastidia,
y aunque vivo en la Corte, estoy más lejos
que está de la Moscovia la Numidia.
Tócanme solamente los reflejos
de los grandes palacios a mis ojos
más solos que las hayas y los tejos

de sus simpatías y ojerizas, de sus preocupaciones y arrepen-
timientos:

Lo que entonces medré mi edad lo siente.
Los dulces versos tiernamente han sido
piadosa culpa en los primeros años
¡Ay si los viera yo cubrir de olvido!

Lope trata, igualmente, de influir en el ánimo, cuando no en las decisiones de la poetisa enamorada; por eso, respondiendo a su preocupación de celos le escribe:

Cantad su vida vos, pues que se emplea
no la temáis, que Celias de la tierra
a ser infiernos de las almas vienen.
Si tanta tierra y mar el paso cierra
a celos, y no a amor imaginado,
huya de nuestra paz tan fiera guerra.

y sobre el pedido de poner en versos la vida de Santa Dorotea, Lope muy cortésmente se niega diciéndole:

Caridad su vida vos, pues que se emplea
virgen sujeto en casto pensamiento,
para que el mundo sus grandezas vea,
que vuestra celestial entendimiento
le do.á gloria accidental contando
entre las luces del empirio asiento.

y concluye la epístola incitando el entusiasmo poético de la india-
na:

Honrad la patria vuestra propagando
de tan heroicos padres la memoria,
su valor generoso eternizando,
pues lo que con la espada su victoria
ganó a su sangre, vos, en dulce suma,
coronando laurel de mayor gloria
dos mundos de Felipe vuestra pluma.

obsérvese el valor persuasivo de los imperativos **cantad** y **honrad**
en los dos últimos fragmentos.

No hay en la epístola un plan determinado, los motivos poe-
tizados se suceden en desorden, y aunque los tópicos de la sinca-
ridad y la confianza están a menudo presentes, parece no ani-
marle, aquí, ninguna pasión dominante como en otras epístolas,
lo que nos lleva a pensar que fuera escrita un poco de compromi-
so; de allí la perplejidad manifiesta en los versos iniciales; de allí,
las repetidas interrogantes (**¿qué os diré de mí?, ¿cómo podré yo
veros ni escribiros?**), de allí, en fin, ese constante apelar al recurso
sencillo y concluyente de la exclamación ("**¡qué clara, qué copiosa
y dulce suma!**", "**¡qué rica tela!**", "**¡triste sucesor!**", etc.).

Por compromiso, Lope abunda en elogios:

Nunca la hermosa vida de su dueño
voraz el tiempo consumir presume.

Así yo, penetrando la luz pura
de vuestro sin igual entendimiento.

y pondera la habilidad poética de Amarilis hasta el extremo de to-
marla como modelo:

apenas de escribiros hallo el modo,
si bien me lo enseñáis en vuestras versos
a cuyo dulce estilo me acomodo,

y de paso extiende su elogio a los ingenios de Indias:

Yo no lo niego; ingenios tiene España,
libros dirán lo que su musa luce
y en propia rima imitación extraña;
más lo que el clima antártico produce
sutiles son, notables son en todo.

Lope se ve en el compromiso también de adornarse de buenas cualidades y hacer gala de buenas costumbres:

Mi vida son mis libros, mis acciones
una humildad constante que no envidia
las riquezas de ajenas posesiones.

Obligado, por decirlo así, a corresponder el amor desinteresado de su lejana y recatada admiradora, sus palabras toman cierto aire académico y artificial de quien sin sentir hondamente una pasión debe fingirla a riesgo de parecer ingrato o desleal:

amo naturalmente a quien me ama
y no sé aborrecer (a) quien me aborrece,

y luego de una larga disquisición en torno al amor distante no tiene reparos en manifestar, así, su amor, con un lenguaje muy solemne y ceremonioso, como quien no tiene ya otra alternativa:

«Jorge Puccinelli Converso»

si me decís quién sois y que previene
un platónico amor vuestro sentido
que a provocaros desde España viene,
para quereros yo licencia os pido ,
que dejaros de amar injuria fuera,
por eso mismo que de vos lo he sido.

y al final de una esquemática relación de su vida y sus pesares, Lope consciente de su obligación de amar estampa estos reveladores versos:

De mi vida, Amarilis, os he escrito
lo que nunca pensé, mirad si os quiero,
pues tantas libertades me permito.

El autor de "La Dorotea", amante empedernido, con una inveterada afición por mujeres casadas o comprometidas, no podía

vibrar con el amor platónico. Qué lejos estaba Lope de Petrarca o de Dante en su actitud amorosa. Esta incapacidad de nuestro poeta para el amor platónico le hace caer en el artificio, en la pura retórica, como en aquellos juegos de palabras y conceptos, no de muy buen gusto, que encontramos en el terceto inicial, con el significado de "otro mundo"

Agora creo, y en razón lo fundo,
Amarilis indiano, que estoy muerto,
pues vos me escribís del otro mundo.

y más adelante con la polisemia del verbo "ordenar"

ordeneme, Amarilis, que importaba
el ordenarse o la desorden mía

Un aspecto importante, que no podemos pasar por alto al comentar la epístola, es el ágil cambio de estilo que lo anima desde el más simple y claro hasta el más complicado y oscuro. Aquí, como en toda su obra cuando se empeña en transformar en arte superior los elementos populares, Lope incursiona en los dominios del culteranismo y el conceptismo, pero culteranismo y conceptismo no constituyen un rasgo fundamental de su estilo, desempeñan solamente un papel ornamental que no afecta la gravedad de su razonamiento. Son expresiones líricas como éstas: "pues desde el mar del sur nave de pluma" "vos de la línea equinoccial sirena", "escribía con pluma por cortar versos del nido" "y todo el goífo del mayor Nereo", etc., que nada pierden junto a la suprema distinción de los versos de Góngora, o como estas otras: "donde el amor es alma, el cuerpo es sombra" "si el alma es posesión la fe, esperanza", "no pierdo triste, ni contento gano", etc., que el propio Quevedo envidiaría. Estos elementos decorativos sólo marcan un límite sensorial, no llegándole jamás hasta el alma porque su visión poética alcanza inmejorable colorido y halla su máxima validez en el perfecto equilibrio y armonía del epíteto y ritmo clásicos que vienen de Garcilaso y Herrera: ("a cuyo dulce estilo me acomodo", "en mares tan remotos y diversos", "penetrando la luz pura", "tendré mas sol en noche más oscura" "sobre blanda espuma", etc.). Con justificada razón, Dámaso Alonso concluye una nota sobre el barroquismo de Lope con estas palabras: "esa pluralidad vital de su estilo que nunca se aquieta en perfección lograda, se nos convierte en símbolo barroco" (6).

En "Belardo a Amarilis" el tópico de la intimidad se enlaza con el de la sinceridad. Lope se ha propuesto contarle a la poetisa peruana, partes de su azarosa vida sin la menor intención de ocultarle o mentirle nada,

Pues escuchad de mi persona afuera,
que dicen que fue buena no ha mil años,
y donde algún aliento persevera,
partes sin dar o la distancia engaños.

y aferrándose a todo lo que en ese momento le era familiar y querido, incluyendo la calaverada paterna y su propio ordenamiento, empieza el relato de los aspectos más importantes de su vivir cotidiano en versos impregnados de los jugos vitales de su experiencia, transparentándonos toda su pluralidad, no sólo sus desenfrenos y arrepentimientos, sus amores y sus odios ya conocidos, sino, nuevos aspectos no siempre revelados, como su perfil picaresco —alusión a su nacimiento— o la ternura humanísima de su corazón tan grande —la memoria de sus muertos queridos—. He aquí el itinerario lírico de su trayectoria vital en la epístola.

1. VINO MI PADRE DEL SOLAR DE VEGA

Lope se pagó del achaque español de los siglos XVI y XVII, el de ostentar nobleza y creer que la sangre más noble de España procedía de las montañas de Asturias:

Tiene su silla en la bordada alfombra
de Castilla el valor de la montaña
que el valle de Carriedo España nombra.
Allí otro tiempo se cifraba España,
allí tuve principio; mas ¿qué importa
nacer laurel y ser humilde caña?
Falta dinero allí, la tierra es corta;
vino mi padre del solar de Vega,
así a los pobres la nobleza exhorta.

Lope no soslayaba su humilde situación. Le interesaba —auténtico español del siglo XVII— señalar únicamente la limpieza de su origen ("¿qué importa nacer laurel y ser humilde caña?"). Se complace de contar entre sus ascendientes gentes honradas, afinadas durante varias generaciones en una casa de Vega del Ca-

riedo. Por eso, cuando se atribuyó el escudo de Bernardo del Carpio que estampó con sus diecinueve torres, en la portada de "La Arcadia" (1598) se cuidó bien de poner esta leyenda: "De Bernardo es el blasón, las desdichas mías son", y con plena conciencia de su modestia insistía en carta al Duque de Sesa: "Nací hombre de bien de un pedazo de peña en la montaña". A pesar de estas repetidas muestras de modestia nuestro poeta no escapó a la sátira cruel de Don Luis de Góngora:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
los diez y nueve torres de tu escudo;
pues aunque tienen mucho viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

2. FUE PIEDRA EN MI PRIMERO FUNDAMENTO

Es muy verosímil, según anotan sus biógrafos que en la decisión que tomara el padre de Lope de instalarse en Madrid influyera la circunstancia de haberse trasladado allí la Corte en 1560. Un bordador fino como Don Félix de Vega no habría podido desenvolverse con holgura su oficio en aquellas montañas astures, "falta dinero allí, la tierra es corta", pero inteligentemente, Lope soslaya la alusión al oficio paterno con un incidente amoroso:

Biblioteca de Letras
«Jorge Ruscinielli Goveas»
siguióle hasta Madrid, de celos ciega,
su amorosa mujer, porque él quería
una española Elena, entonces griega;

circunstancia retórica que permite al apasionado amante recordar, una vez más, el nombre, grato a sus aventuras juveniles, de Elena Osorio, primera musa de su ascendrada poesía lírica a quien entregó a torrentes su producción teatral y, más tarde riñendo con ella y su familia, llevó su rencor hasta el libelo y la difamación que le valieron diez años de destierro de la Corte. Según el mismo cuenta, su nacimiento se debe a un pacto de amor y celos de sus padres:

hicieron amistades y aquel día
fue piedra en mi primero fundamento
la paz de su celosa fantasía.

Quien siga la agitada vida amorosa de Lope no podrá dejar de recordar a este Félix de Vega corriendo tras una bella dama

alegre y pagana, como un bravo antecedente del hijo que osó violar el destierro con su amenaza de muerte para raptar a una novia (Isabel de Urbina) desposándola romántica y temerariamente, y que, ya en el puerto seguro de la vejez, siente de nuevo estallar en su alma la más espantable tormenta amorosa de toda su vida (Marta de Nevares).

3. LLEGO LA EDAD Y DEL ESTUDIO EL DIA

A su propia precocidad, fantásticamente exagerada por su discípulo Pérez de Montalbán, alude con fino humorismo:

apenas supe hablar, cuando advertido
de las febeas musas escribía
con pluma por cortar versos del nido.

y continúa con claras alusiones a sus estudios:

Llegó la edad y del estudio el día
donde sus pensamientos engañando
lo que con vivo ingenio prometía,
de los primeros rudimentos dando
notables esperanzas a su intento,
las artes hice mágicas volando.

«Jorge Puccinelli Converso»

Este aspecto de su vida ha sido ampliamente revisado y confrontado por todos sus críticos y biógrafos y cada uno de ellos nos ofrece una solución más o menos admisible, más o menos congruente y verosímil sobre dónde estudió y su grado de cultura. Por ellos sabemos hoy que Lope estuvo en los teatinos, en el Colegio Imperial de la Compañía, en Alcalá de Henares, que estudió matemáticas, el astrolabio y la esfera en la Academia Real, que escuchó lecciones del cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña, que recogió enseñanzas de Ambrosio Ondériz, de su cuñado Luis Rosiquel y del maestro Juan de Córdova, que se inició en poesía imitando a Vicente Espinel, que sabía latín y otras lenguas:

favorecido, en fin, de mis estrellas,
algunas lenguas supe y a la mía
ricos aumentos adquirí por ellas.

sabemos que leyó a sus contemporáneos y comentó a San Agustín y a Cicerón, pero sus libros principales fueron el de la naturaleza y el de la pasión que no se estudian en las universidades ni colegios. Lope tuvo siempre la manía de aparentar una gran cultura. En esta epístola encontramos un notorio afán de erudición cuando echa mano a sus conocimientos de astronomía para hablar de los años:

siete veces el sol retrocedía
desde lo octava parte al Cancro fiero
igualando la noche con el día.

Las alusiones a sus estudios nos permiten conocer por qué la formación de Lope, pronto abandonada a su albedrío no se sujetó a un plan ordenado. Nos informa que abandonó sus estudios por causa del amor:

Amor, que amor en cuanto dice miente,
me dijo que a seguirle me inclinase.

Pero no fue sólo el amor. También contribuyó a agobiarle, en tan temprana edad, el embarazoso e inútil lastre de un saber y un pensar esencialmente medievales:

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»
Aquí luego engañó mi pensamiento
Raymundo Lulio, laberinto grave,
rémora de mi corto entendimiento.

a todo esto hay que agregar la indolencia del muchacho como causa perturbadora de sus estudios regulares:

Quien por sus cursos estudiar no sabe
no se fie de cifras.
. que ya importuna
se me mostraba con la flor ardiente
cualquier trabajo y no admití ninguno.

Una vez más la sinceridad de Lope manifestada por la vida confidencial.

4. DE SUS COSTUMBRES SANTAS HICE HISTORIA

Lope fue un enamorado crónico. No tuvo como algunos seres felices una pasión única, exclusiva y excluyente, noble y sublime. Tuvo amores hondos y en cada pasión encontró furia, tormentos y sorpresa. Supo alternar, a lo largo de sus romerías amorosas, sus millones de versos, sus arrepentimientos y delirios con escándalos, cárceles, deudas y desafíos. Los más diversos matices del amor que se logra y se pierde se perciben en su vida: Filis (Elena de Osorio) es la tensión celosa; Belisa (Isabel de Urbina), el remanso de la ternura; Jacinta (Juana de Guardo), la serenidad; Camila Lucinda (Micaela Luján) le arrastra al paroxismo de la lujuria y Amarilis (Marta de Nevares) le trae el estímulo cordial en las horas otoñales.

El amor determina la temperatura humana de su vida y de su obra. Su forma vital y poética siguió la forma de su amor. Se ha alegado la versatilidad amorosa de Lope para imputarle un donjuanismo cínico y frívolo, que es el polo opuesto de su tipo vital. Aunque conoció y simultaneó muchas mujeres no fue un versátil propiamente, no saltó de una aventura a otra, no alternó amores efímeros e insustanciales. En cada caso se entregó totalmente con esa ceguera lúcida o alucinante de la pasión y en cada caso padeció y gozó y supo de la angustia y del deleite eróticos. No le arrastró hacia la mujer el mero deseo carnal, primario y transitorio, sino un anhelo superior de comunicación espiritual, cordial.

En esta epístola Lope se refiere únicamente a sus dos amores lícitos ante el altar de Dios y el mundo: Isabel de Urbina y Juana de Guardo:

Dos veces me casé, de cuya empresa
sacaréis que acerté, pues porfiaba,
que nadie vuelve a ver lo que le pesa.

Con el recuerdo de sus esposas muertas, Lope compuso en más de una oportunidad, conmovedoras páginas. En el aniversario de la muerte de su primera mujer compuso un plañidero romance primavera-vernal que empieza con estos hermosos versos:

Cuando las secas encinas,
álamos y robles altos
los secos ramillos visten
de verdes hojas y ramos.

y cuya última estrofa nos muestra un Lope distinto al que suelen representarnos sus biógrafos:

Belisa, señora mío,
hoy se cumple justo un año
que de tu temprana muerte
gusté aquel potaje amargo.
Sólo yo te acompañé
cuando todos te dejaron
porque te quise en la vida
y muerta te adoro y amo (7)

En la epístola que comentamos, Lope al aludir a su hija Feliciano tiene oportunidad para llorar la desaparición de Doña Juana recordando con justificada gratitud y pena su abnegación de madre y su bondad de esposa:

Feliciano el dolor me muestra impreso
de su difunta madre en lenguas y ojos;
de su parto murió; ¡triste suceso!
Porque tan gran virtud a sus despojos
mis lágrimas obliga y mi memoria,
que no curan los tiempos mis enojos.
De sus costumbres santos hice historia
para mirarme en ellas cada día,
envidia de su muerte y de su gloria.

5. DEJE LAS GALAS QUE SEGLAR VESTÍA

Tras la muerte de Juana, Lope se siente invadido por un hondo fervor místico y busca salvar esos momentos críticos de su vida con una suprema creación estética donde combina el amor desordenado con los arranques de una pasión más intensa y escribe "Los pastores de Belén" (1612) y "Rimas Sacras" (1614) y, con la misma energía con que amó, con la misma intensidad con que supo cantar los bellos ojos azules de Micaela y los encantos múltiples de Filis se eleva a los arrebatos del más violento amor místico y desea hacerse sacerdote. A los 52 años recibí órdenes religiosas, en su alma se había producido una honda crisis de sentimentalidad y romanticismo. Refugio, seguridad, garantía es lo que buscaba con patético afán en el sacerdocio.

Dejé las galas que seglar vestía;

ordenéme, Amarilis, que importaba
el ordenarse a la desorden mía.

"ordenarse" era ordenar su vida, poner orden en su desorden. Pero Lope es también un buen padre de familia y antes de ordenarse recoge a todos sus hijos, legítimos y adúlteros, y los lleva a vivir juntos bajo el mismo techo.

6. UN HIJO TUVE EN QUIEN MI ALMA ESTABA

Lope tuvo muchos hijos, los varones fueron por el mundo como exploradores, capitanes o frailes; las hembras profesaron, se casaron o fugaron de la casa paterna con el primer amante, pero a todos les prodigó el mismo cariño. Lo más hermoso y tierno de la epístola a Amarilis lo encontramos, precisamente, en las alusiones a sus hijos, Carlos, Lope, Marcela, Feliciano.

Carlillos, nacido en su segundo matrimonio ganó hondamente el corazón del viejo Lope. Al lado de este niño y de su madre el poeta debió pasar días muy felices a juzgar por los términos de esa magnífica descripción de su vida doméstica que nos ha dejado en la epístola al Dr. Matías Porras:

Biblioteca de Letras
Jorge Percival Casavero»

Cuando amorosa amaneció a mi lado
la honesta cara de mi dulce esposa
Cuando Carlillos de azucena y rosa
vestido el rostro, el alma me traía,
cantando por donaire alguna cosa,
con este sol y aurora me vestía.
Retozaba el muchacho, como en prado
cordero tierno al prólogo del día.
Cualquier desatino mal formado
de aquella media lengua, era sentencia,
y el niño a besos de los dos trasladó...
Llamábanme a comer; tal vez decía
que me dejasen, con algún despecho;
así el estudio vence, así porfía.
Pero de flores y de perlas hecho,
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho.
Tal vez que de la mano me llevaba
me tiraba del alma, y a la mesa
al lado de su madre me sentaba.

Qué sinceridad en este delicioso y delicado cuadro interior de su felicidad hogareña donde se dan la mano sus tres amores: su mujer, su hijo y las tres letras. Pero esta dicha se interrumpe bruscamente con la muerte de su hijo en 1612. Angustiado, Lope escribió una elegía —a la que hace referencia en la epístola— que es, sin duda, la más desgarradora e inolvidable de las elegías castellanas, con qué ternura recuerda allí cómo quería distraer al pequeñín con pajaritos y flores:

Yo para vos los pajarillos nuevos,
diversos en el conto y los colores;
encerraba, gozoso de alegraros;
yo plantaba los fértiles renuevos
de los árboles verdes, yo las flores
en quien mejor pudiera contemplaros,
pues a los aires claros
del alba hermosa apenas
saliste, Carlos mío,
bañado de rocío
cuando marchitas las doradas venas,
el blanco lirio convertido en hielo
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo
¡Oh qué divinos pájaros agora,
Carlos, gozáis, que con pintadas alas
discurren por los campos celestiales...! (8)

Biblioteca de Letras
«Jorge Pucchinelli Converso»
Han transcurrido ya ocho años de su muerte y Lope vuelve a recordar a su infante en los tercetos más emocionados de la epístola a Amarilis.

Un hijo tuve en quien mi alma estaba,
allá también sabréis por mi elegía
que Carlos de mis ojos se llamaba.
Siete veces el sol retrocedía
desde la octava parte al Cancro fiero,
igualando la noche con el día,
a círculos menores lisonjero,
y el de su nacimiento me contaba,
cuando perdió la luz mi sol primero,
allí murió la vida que animaba
la vida de Jacinta. ¡Ay muerte fiera!
lo flecha erraste al componer la aljaba.
Cuanto fuera mejor que yo muriera
que no en los principios de su aurora
¡Carlos tan larga noche padeciera!

Le quedaba otro hijo, el de Micaela Luján, nacido en 1607:

Lope quedó, que es el que vive agora.

Lope el mozo sale un poco al padre, es díscolo, voluntarioso y rebelde. Se aficiona a los versos y participa, con éxito, en el certamen poético realizado con motivo de la canonización de San Isidro en 1620, pero abandona las letras por las armas:

¿No estudia Lope? ¿Qué queréis que os diga,
si él me dice que Marte le enamora?

Enrolado en los tercios de Italia luchó contra holandeses y turcos. Lope se sentía orgulloso de él en la epístola a Don Francisco de Herrera y Maldonado ("La Circe"). Pudo haber sido un gran capitán pero su inquietud lo llevó a las costas de Venezuela y de allí a pescar perlas en las Islas Margaritas donde pereció trágicamente en un naufragio. En una égloga ("La Vega del Parnaso" - 1637) Lope nos cuenta con gala y aderezo literarios el trágico fin de este hijo.

Marcela, otra hija de Micaela, conquistó por igual el cariño y la confianza del padre. Lope le dedicó cuando cumplía quince años una de sus comedias: "El Remedio de la Desdicha" y le confió la escabrosa e indigna tarea de sustraer con maña, a su Amarilis, las cartas de amor que él le escribía, las mismas que debía reunir y ordenar limpiamente para delite del Duque de Sesa (el de Sesa sin seso, como decía Quevedo).

Marcela que, como su hermano, había heredado la vena poética de su padre se sintió más inclinada a la vida religiosa:

Marcela con tres lustros ya me obliga
a ofrecérsela a Dios, a quien desea,
si él se sirviere que su intento siga.
Aquí, pues no ha de haber nadie que crea
amor de un padre, no es decir exceso
que no fue necia y se libró de fea.

Cumpliendo sus deseos ingresó en el Convento de las Trinitarias Descalzas. Lope describe con ternura y melancolía este suceso en la epístola a Don Francisco de Herrera. Un fidelísimo vínculo cordial le mantuvo unido, por el resto de sus días, a Sor Marcela de San Félix. Con este nombre vivió su hija en el con-

vento hasta los ochenta y tres años de edad; no se supo allí que era hija del gran poeta o se había olvidado con buena voluntad. Lope ya investido del traje sacerdotal prefería decir sus misas, allí, en la Iglesia de las Trinitarias, donde tras la reja su hija rezaba con él.

Con la profesión de Marcela, con el naufragio de Lopillo, con la ceguera y muerte de Doña Marta de Nevares y finalmente con la fuga de Antoñica, su último retoño, Lope de Vega, que llegó a ser símbolo de su pueblo y de su patria, alcanzó, en el ocaso de su accidentada vida, la grandeza de un Edipo. La pobre Feliciano, hija legítima, que representaba en el hogar de Lope la fealdad honesta y humilde fue la llamada a atender y a servir a su padre en sus últimos momentos.

NOTAS :

- (1) Incluida en "La Dorotea" (1632).
- (2) HUGO RENINERT y AMÉRICO CASTRO. *Vida de Lope de Vega*. Madrid, 1919, p. 39.
- (3) KARL VOSSLER. *Lope de Vega y su Tiempo*. Madrid, 1940, p. 133.
- (4) K. SOSSLER. *Ob. cit.*, p. 178.
- (5) La epístola "Belardo a Amarilis" fue publicada por primera vez en "La Filomena". Madrid, 1621. Para este trabajo hemos utilizado el texto que trae el tomo II de *Poesías Líricas* de Lope de Vega. *Colec. Clásicos Castellanos*, vol. 75. Madrid, 1941, pp. 94-101.
- (6) DAMASO ALONSO. *Poesía Española*. Madrid, 1950.
- (7) Incluida en "*Romancero General*" (1600).
- (8) Incluida en "*Rimas Sacras*" (1614).

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»